
LA SAGRADA EUCARISTIA

*Nuestro Salvador, en la Ultima Cena, la noche en que era entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad (cfr. San Agustín, *In Ioannis Evangelium tractatus* 26, 6, 13), banquete paschal en el que se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera (cfr. Breviario Romano, *In fest. Corp. Christi, Ad Vesp., Ant. ad Magn.*)¹.*

Por toda esta riqueza de contenido, la Eucaristía es un misterio inefable —*mysterium fidei*, dice la liturgia—, misterio de fe que anuda en sí todos los misterios del Cristianismo. Celebramos, por tanto, la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida: comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el Cielo, donde Cristo mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, ni llanto, ni gritos de fatiga, porque el mundo viejo ya habrá terminado (cfr. Apoc. XXI, 4)².

(1) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 47.

(2) Homilía *Amar el mundo apasionadamente*, 8-X-1967.

De muchas y variadas maneras, a través de los siglos, ha expresado la Iglesia su fe en la Eucaristía: definiciones solemnes de los Concilios ecuménicos tridentino, lateranense y florentino; declaraciones de los Romanos Pontífices; testimonios de los Santos Padres; celebraciones litúrgicas; oraciones compuestas por almas santas, con las que tantos cristianos han expresado su fe y su amor al Señor Sacramentado. *

Una de estas fórmulas de fe y piedad eucarística, que recitamos y meditamos todos los jueves, es el himno *Adoro te devote*, compuesto por Santo Tomás de Aquino y adoptado por la liturgia de la Iglesia. Constituye un resumen admirable de los principales puntos de la fe católica sobre la Santísima Eucaristía. *El Adoro te devote —afirmó nuestro Padre— es una profesión maravillosa de las verdades de la fe. Yo me sirvo de sus palabras para aumentar mi unión con Jesús Sacramentado, como manifestación externa de fe en la Presencia real de Jesucristo en el Sacramento, ahora que se quiere atacar el más grande Misterio de Amor* ³.

La Eucaristía, misterio de fe

Adoro te devote, latens deitas, quae sub his figuris vere latitas; te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias. Desde las primeras palabras del himno nos sentimos invitados a una actitud filial. Con esas sencillas palabras: te adoro, Dios escondido, queremos manifestarle ya nuestro amor y el acatamiento humilde con que le adoramos. Es una actitud imprescindible para acercarnos a este misterio del Amor. Dios mismo se entrega, inerme, en nuestras manos. ¡Qué gran lección para nuestra soberbia! Cuando una persona de la tierra es algo, supone algo, tiene una pequeña autoridad, una cualidad que le dé distinción frente a los demás —quiera o no quiera—, tiene que hacer esperar por lo menos un poco a los que desean verle. ¿Y qué son todos los que gobiernan en el mundo, y qué son todas las grandezas de la tierra, si se comparan con la Majestad de Dios? Dios, en cambio,

(3) De nuestro Padre.

no nos hace esperar. Es El, con su bondad infinita, quien hace antesala ⁴. El corazón se siente urgido a agradecer al Señor esa espera enamorada. Quisiéramos corresponder inmediatamente a esa entrega total; por eso brota incontenible un requiebro de amor: *tibi se cor meum totum subicit, quia te contemplans totum deficit*; a Ti se somete mi corazón por completo y se rinde totalmente al contemplarte.

Para mezclar un poco lo divino con lo humano —igual que Jesucristo, que es perfectus Deus, perfectus Homo (Symb. Athan.)—, voy a recordar algo del principio de la literatura de mi tierra, cuando Gonzalo de Berceo escribía su poesía cristiana, cuando Alfonso el Sabio escribía sus cantigas en loor de Santa María. Desde chico, Señor, desde la primera vez que yo pude hojear esa poesía gallega de Alfonso el Sabio, me ha conmovido el recuerdo de algunas de sus estrofas.

Me removía con esas cantigas, como la de aquel monje que pidió en su simplicidad a Santa María contemplar el cielo. Se marchó al cielo en su oración —esto lo entendemos todos nosotros, lo entienden todos mis hijos, todos, porque somos almas contemplativas—, y cuando volvió de su oración no reconocía a ningún monje del monasterio. ¡Habían pasado tres siglos! Ahora lo entiendo también de una manera particular, cuando considero que Tú te has quedado en el Sagrario desde hace dos mil años para que yo te pueda adorar y amar y poseer; para que yo pueda comerte y alimentarme de Ti, sentarme a tu mesa, ¡endiosarme!

¿Qué son tres siglos para un alma que ama? ¿Qué son tres siglos de dolor, tres siglos de amor, para un alma enamorada?: ¡un instante! Me explico, Señor, tus dos mil años de espera en el Tabernáculo; lo que no me explico es mi frialdad, lo que no me explico es que me acostumbre a esta maravilla, que me parece tan razonable porque yo hubiera hecho lo mismo que Tú, y soy un pobre hombre ⁵.

Buscamos apoyo en la Virgen, para que Ella nos enseñe a amar a su Hijo; para que renueve de continuo nuestra atención, y nos gane una disposición humilde ante el Señor Sacramentado. Si no, aquellas

(4) De nuestro Padre.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 26-III-1964.

palabras diáfanas de Cristo en Cafarnaún, cuando anunciaba este gran misterio —*mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida*⁶—, se transforman en velo impenetrable, contra el que se estrellan todos los intentos de la razón humana, incapaz de llegar por sí misma al conocimiento de las cosas sobrenaturales: *duras son estas palabras; ¿quién podrá escucharlas?*⁷, exclaman los oyentes incrédulos, de Jesús en Cafarnaún.

¿Te persuades de cómo ha de ser nuestra fe?, comentaba nuestro Padre. *Humilde. ¿Quién eres tú, quién soy yo, para merecer esta llamada de Cristo? ¿Quiénes somos, para estar tan cerca de El? Como a aquella pobre mujer entre la muchedumbre, nos ha ofrecido una ocasión. Y no para tocar un poquito de su vestido, o un momento el extremo de su manto, la orla. Lo tenemos a El. Se nos entrega totalmente, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. Lo comemos cada día, hablamos íntimamente con El, como se habla con el padre, como se habla con el Amor. Y esto es verdad. No son imaginaciones*⁸.

Presencia real

Visus, tactus, gustus in te fallitur, sed auditu solo tuto creditur: al juzgar de Ti se equivocan la vista, el tacto, el gusto; pero basta el oído para creer con firmeza. Nos enseña la fe que, una vez pronunciadas las palabras de la Consagración por el sacerdote, que representa en esos momentos la persona de Cristo, el pan y el vino han dejado de existir —permaneciendo sólo sus apariencias sensibles: olor, color, sabor, consistencia...—, porque se han convertido en el Cuerpo y en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. *Apoyado en esta fe de la Iglesia, el Concilio de Trento “abierta y simplemente afirma que en el benéfico sacramento*

(6) *Ioann.* VI, 56.

(7) *Ioann.* VI, 57.

(8) *Amigos de Dios*, n. 199.

de la Santa Eucaristía, después de la Consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas cosas sensibles, verdadera, real y sustancialmente, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre". Por lo tanto, nuestro Salvador está presente, según su humanidad, no sólo a la derecha del Padre, según el modo natural de existir, sino al mismo tiempo también en el Sacramento de la Eucaristía, "con un modo de existir que, aunque apenas podemos expresar con las palabras, podemos, sin embargo, alcanzar con la razón ilustrada por la fe y debemos creer firmísimamente que es posible para Dios" (Concilio de Trento, sess. XIII, cap. 1) ⁹.

Sólo la fe, virtud sobrenatural que pedimos a Dios para nosotros y para todos los hombres, nos da luz para contemplar este gran prodigio que cada día se renueva ante nuestros ojos: un don de Dios, una gracia inmerecida, que exige de nuestra parte una continua y total correspondencia: *credo quidquid dixit Dei Filius: nihil hoc verbo veritatis verius*; creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios: nada es más verdadero que esta palabra de verdad.

Fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y fe también en el modo como se realiza, claramente enseñado por la Iglesia: *Cristo no puede estar así presente en este Sacramento más que por la conversión de la realidad misma del pan en su Cuerpo y por la conversión de la realidad misma del vino en su Sangre (...). Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia, de una manera muy apropiada, transustanciación. Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la Consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están desde ese momento realmente delante de nosotros, bajo las especies sacramentales del pan y del vino tal como el Señor ha querido, para darse a nosotros en alimento y para asociarnos en la unidad de su Cuerpo Místico* ¹⁰.

(9) Pablo VI, Litt. enc. *Mysterium fidei*, 3-IX-1965.

(10) Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968; cfr. Concilio de Trento, sess. XIII, cap. 4 y can. 1; Pablo VI, Litt. enc. *Mysterium fidei*, 3-IX-1965; Santo Tomás, *S. Th.*, III, q. 73, a. 3.

Misterio de amor

La Eucaristía, misterio de fe, es también misterio de amor: la inefabilidad del Amor de Dios, que se entrega a sus criaturas de un modo especialmente asequible: bajo las apariencias del alimento más común, el pan, para que todos los hombres puedan recibir a Cristo e identificarse con El. Porque el amor, cuando es auténtico —y nada hay más auténtico que el Amor de Dios—, busca la comunicación más íntima, el sacrificio gustoso, la entrega absoluta, la identificación con la persona amada. *¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios materiales? ¿Qué es esta Eucaristía (...) sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo —vino y pan—, a través de los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar? (cfr. Concilio Vaticano II, Const. past. Gaudium et spes, n. 38) ¹¹.*

Contemplando la Santísima Eucaristía con ojos de fe, vemos hecho realidad lo que San Pablo escribía en una de sus epístolas: *dilexit me et tradidit semetipsum pro me* ¹², Jesucristo me amó y se entregó a Sí mismo por mí. Se ha quedado, por amor, entre nosotros; y nos ofrece su ser entero de hombre y de Dios. Cualquier persona, hombre o mujer, enfermo o sano, pecador o justo, puede aplicarse con toda verdad estas palabras de San Pablo: *por mí*. Mi Dios vuelca toda su grandeza en mí, cuando le recibo.

Sólo el amor, como una clave certera, es capaz de descubrir en cierto modo el misterio de la Eucaristía; un amor que nunca medida humana limitará, puesto que nace y cobra fuerzas de un querer divino: del trato íntimo con la persona amada, en coloquio afectuoso con El. *Yo quiero enamorarme de Jesucristo —exclamaba nuestro Padre— y le pregunto: ¿cómo eres? Tu Humanidad Santísima, ¿cómo es? Y me quedo como tonto, horas y horas, diciéndole locuras. Pedid al Señor Jesucristo que*

(11) De nuestro Padre, Homilía *Amar el mundo apasionadamente*, 8-X-1967.

(12) *Galat.* II, 20.

sepa amarle así: con locura. Porque en el amor hasta la locura hay que llegar.

Desde pequeño he comprendido perfectamente el porqué de la Eucaristía: es un sentimiento que todos tenemos; querer quedarnos para siempre con quien amamos. Es el sentimiento de la madre por su hijo: te comería a besos, le dice. Te comería: te transformaría en mi propio ser.

El Señor nos ha dicho eso también: ¡toma, cómeme! Más humano no puede ser. Pero no humanizamos nosotros a Dios Nuestro Señor cuando lo recibimos: es El quien nos diviniza, nos ensalza, nos levanta. Jesucristo hace lo que a nosotros nos es imposible: sobrenaturaliza nuestras vidas, nuestras acciones, nuestros sacrificios. Quedamos endiosados. Me sobran razones: aquí está la explicación de mi vivir.

Gracias, Jesús, gracias por haberte rebajado tanto, hasta saciar todas las necesidades de nuestro pobre corazón: el pobre corazón humano, que puede llegar a límites insondables de traición y de vileza ¹³.

Esas apariencias de pan y de vino que ocultan al Señor a nuestra mirada, nos garantizan, sin embargo, su presencia real en la Eucaristía: mientras las sagradas especies conserven sus características de pan y de vino, el Señor sigue realmente presente y operante en ellas, dispuesto a ser el alimento espiritual que necesitamos. Cuando nos llegamos a El, oculto en el Tabernáculo, para hacerle presente nuestro cariño, Jesucristo espera de nosotros una profesión de fe enamorada y decidida, como aquella de Pedro en Cafarnaún: *hemos conocido y creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios* ¹⁴.

Anonadamiento de Dios

Jesucristo nos aguarda de continuo en el Sagrario, corazón viviente de las iglesias y de nuestros oratorios. Está allí en vela, expuesto al querer antojadizo de los hombres, a sus olvidos e indiferencias, y también a

(13) De nuestro Padre.

(14) *Ioann.* VI, 70.

sus desprecios y profanaciones. Prescinde del poder de su divinidad, y hasta de su figura corporal para permanecer junto a cada uno de nosotros, porque sabe que le necesitamos. *In Cruce latebat sola deitas, at hic latet simul et humanitas*; en la Cruz se escondía sólo la divinidad, pero aquí se esconde también la humanidad. Esta es la medida de su amor: amar sin medida, con un abandono que nuestro Padre nos ha enseñado a admirar: *humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario...* —*Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz* ¹⁵. Ante esta entrega del Hijo de Dios, dolidos por la tosquedad de nuestro trato, por nuestra indiferencia en tantas ocasiones y, sobre todo, arrepentidos de nuestros pecados, le decimos: *ambo tamen credens atque confitens, peto quod petivit latro poenitens*; creo y confieso tu humanidad y tu divinidad, y pido lo que pidió el ladrón arrepentido.

Como el Buen Ladrón, pedimos perdón a Jesucristo por nuestros pecados e infidelidades; y seguros de que ese amor alcanzará de verdad la medida de nuestros deseos, pedimos perdón también por los pecados de la humanidad entera, especialmente por las ofensas que Nuestro Señor pueda recibir en la Eucaristía. *Hemos de desagraviarle por nuestros errores personales y por los que no le aman. Reparación —que ya es fidelidad— con un profundo sentido de humildad y de contrición: con aquella humildad y con aquella contrición del pobre ladrón en la cruz. Me conmueven, y me gusta repetir aquellas palabras: peto quod petivit latro poenitens. De cara al sacrificio total del Maestro, se sintió, plenamente convencido, merecedor de aquel sufrimiento por sus culpas; y, al aceptar plenamente su expiación junto a Cristo, encuentra abiertas las puertas del Cielo* ¹⁶.

Amad mucho al Señor, insistía nuestro Padre. Tened afán de reparación, de una mayor contrición. Es necesario desagraviarle, primero por nosotros mismos, como el sacerdote hace antes de subir al altar. Y nosotros, que tenemos alma sacerdotal, convertimos nuestra jornada en una misa, muy unidos a Cristo Sacerdote, para presentar al Padre una oblación santa, que repare por nuestras culpas personales y por las de todos

(15) *Camino*, n. 533.

(16) De nuestro Padre.

los hombres. Tened en vuestra alma, y fomentadla, esta urgencia de quererle: amad a Dios, precisamente ahora, cuando bastantes de los que le tienen en sus manos no le quieren, le maltratan y le descuidan. Tratadme bien al Señor, en la Misa y durante todo el día ¹⁷.

Piedad eucarística

Plagas sicut Thomas non intueor; Deum tamen meum te confiteor: no veo las llagas como las vio Tomás, pero confieso que eres mi Dios. Nosotros deberíamos hacer un acto de fe, que en aquellos primeros momentos, después de la Resurrección, no sabían hacer ni las santas mujeres ni los discípulos (...). No creen hasta que se les aparece en el Cenáculo, y alguno de ellos hasta que toca las llagas con sus manos. Yo comprendo bien la confusión de Tomás delante del Señor, y el maravilloso acto de fe y de amor que se le escapa: Dominus meus et Deus meus (Ioann. XX, 28). Toca a Cristo como nosotros, que lo tocamos en la Eucaristía, recibiendo-le cada día en la Hostia Santa (...).

Me acuerdo de una escena que presencié hace bastantes años, en Zaragoza, en un bar que no sé si seguirá existiendo. Había en aquel café un grupo de hombres y, entre ellos, un torero famoso. Se paraba la gente a contemplarlo. Un niño salió de la muchedumbre, pasó una mano por el traje del hombre que todos admiraban, y volvió con la cara radiante, diciendo a gritos: ¡lo he tocado!

Hijos míos de mi corazón, que conmigo tocáis a Cristo todos los días: el tacto es el sentido más burdo, pero se puede ennoblecer. Más aún, nosotros tenemos obligación de ennoblecerlo. Tomás tuvo la dicha de tocar las llagas de Cristo porque no tenía fe, como nosotros tantas veces; porque no creía lo que veían sus ojos, porque su ceguera no le dejaba entender lo que decían los demás (...).

Hemos de pensar si nuestra fe no es también escasa; si, a veces, no te-

(17) De nuestro Padre.

nemos miedo de sentir la voz del enemigo de nuestra alma, que nos retrae de manifestar públicamente nuestra fe, diciéndonos que somos fanáticos. ¡Y esto no es fanatismo, sino fe! Tened esta fe sobrenatural, sabed que moveremos montañas, que resucitaremos a los muertos, que daremos voz a las lenguas que no saben hablar... ¡Y eficacia de obras al cuerpo tullido! Saber eso y creer eso, estar seguros del Señor en cada momento concreto, no es fanatismo: es creer en Cristo resucitado, sin cuya resurrección inanis est et fides vestra (I Cor. XV, 14), es vana nuestra fe ¹⁸.

El deseo de acrecentar nuestra fe, nos urge a pedir a Dios —con los Apóstoles— que nos la aumente: *adauge nobis fidem!* ¹⁹. Con la fe, crecerá también nuestra esperanza y nuestro amor; y sentiremos el afán continuo de decirle: *fac me tibi semper magis credere, in te spem habere, te diligere*: haz que yo crea más y más en Ti, que espere en Ti, que te ame sin medida; sin cicaterías, sin límites, sin llevar la cuenta de nuestras manifestaciones prácticas de afecto, que serán siempre pocas. Este anhelo nos empujará a pequeñas locuras de cariño: a decirle que le amamos con pasión, con el amor de todos los enamorados que han sido, son y serán sobre la tierra.

Hijos míos, ¡tenéis que quererle mucho!, ¡sed muy piadosos! Tened mucho amor a la Eucaristía, quered al Señor Sacramentado con todas las fuerzas de vuestra alma. Y decidle muchas veces que creéis en El, que le amáis, que no queréis dejarle. Decídselo por tantos que no le aman o que le olvidan, y por tantos que ahora le injurian o blasfeman.

Dios nuestro Señor necesita que le repitáis, al recibirlo cada mañana: ¡Señor, creo que eres Tú, creo que estás realmente oculto en las especies sacramentales! ¡Te adoro, te amo! Y, cuando le hagáis una visita en el oratorio, repetídselo nuevamente: ¡Señor, creo que estás realmente presente!, ¡te adoro, te amo!-Eso es tener cariño al Señor. Así le querremos más cada día.

Luego, continuad amándolo durante la jornada, pensando y viviendo esta consideración: voy a acabar bien las cosas por amor a Jesucristo que nos preside desde el Tabernáculo. Amad muchísimo a Jesús Sacramentado, y procurad que muchas almas le amen: sólo si metéis esta preocupa-

(18) De nuestro Padre, Meditación, 30-III-1964.

(19) Luc. XVII, 5.

ción en vuestras almas, sabréis enseñarla a los demás, porque daréis lo que viváis, lo que tengáis, lo que seáis ²⁰.

Memorial de la muerte de Cristo

O memoriale mortis Domini... La Eucaristía nos hace presente a Cristo, muerto y resucitado por nosotros, en estado de Víctima. Es el memorial de la muerte del Señor, un recuerdo esencialmente distinto a los recuerdos humanos. Mientras que, en éstos, el acontecimiento pasado pervive sólo en la memoria de los hombres, en la Eucaristía el recuerdo se hace realidad, porque el sacrificio de Cristo en la Cruz, anticipado de modo sacramental en la Última Cena, se perpetúa también sacramentalmente en el Sacrificio de la Misa. *Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden (...) es el Sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares* ²¹.

O memoriale mortis Domini! —canta el himno eucarístico—, *panis vivus, vitam praestans homini; praesta meae menti de te vivere, et te illi semper dulce sapere*; ¡oh memorial de la muerte del Señor!, pan vivo que da la vida al hombre: concede a mi alma que de Ti viva, y que siempre saboree tu dulzura. Cristo es la fuente de esa vida sobrenatural que nuestra alma anhela, fuente inagotable de aguas limpias, capaces de saciar la sed de las almas. *Mirad cómo nos cuenta San Lucas la curación de la hemorroísa*. Dijo Jesús: ¿quién es el que me ha tocado? Excusándose todos, contestó Pedro con sus compañeros: Maestro, un tropel de gentes te comprime y te sofoca y preguntas: ¿quién me ha tocado? (Luc. VIII, 45). *De Cristo sale la vida a torrentes: una virtud divina. Hijo mío, tú le hablas, le tocas, le comes todos los días: le tratas en la Sagrada Eucaristía y en la oración, en el Pan y en la Palabra (...).*

En esa relación, está la base de nuestro buen endiosamiento. En la Sa-

(20) De nuestro Padre.

(21) Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 30-VI-1968.

grada Eucaristía y en la oración está la cátedra en la que aprendemos a vivir, sirviendo con servicio alegre a todas las almas: a gobernar, también sirviendo; a obedecer en libertad, queriendo obedecer; a buscar la unidad en el respeto de la variedad, de la diversidad, en la identificación más íntima ²².

Para alcanzar esos efectos, es preciso que nos acerquemos con fe a la Eucaristía, con deseos vivísimos de unirnos a Cristo; porque es doctrina de la Iglesia que, aunque los sacramentos dan la gracia *ex opere operato*, por su propia virtud ²³, la intensidad de la gracia recibida está condicionada por nuestra preparación y nuestras disposiciones personales.

Hijos, os doy un consejo. Preparaos todos los días como si sólo pudierais comulgar una vez en la vida, una vez al año. Cuando yo era pequeño y no era tan frecuente el hecho de comulgar a diario, la gente ¡qué bien se preparaba!: disponían el alma y el cuerpo, como enamorados. Que la comunión dure todo el día, que influya en nuestra vida. ¿Te unes a El en el trabajo? ¿Lo buscas, al pasar cerca del Sagrario? ¿Lo descubres en tus hermanos, lo mismo en la abnegación que cuando recibes una buena noticia?

Amor con amor se paga. Yo le acompaño cuando vengo a visitarle, cuando le rondo con mi amor desde lejos y al pasarle cerca... No comprendo a los que se quedan indiferentes, y pienso que está cargada de sentido la piedad popular al representar, rodeando la custodia, una miriada de ángeles, que se tapan la cara con sus alas, porque se consideran indignos de estar en su presencia. Y le pido a la Virgen, Madre suya y mía, recibirle, tratarle, como Ella lo hizo: con pureza, con humildad, con amor.

Id muchas veces al Sagrario. Sin embargo, cuando tengáis un trabajo que no podáis dejar, acercaos con el pensamiento al oratorio; acercaos al Sagrario y ofreced al Señor esa pequeña contrariedad, esa cosa que os cuesta. Le ofrecéis aquello y seréis felices, con una felicidad que se manifestará por la caridad que tendréis con vuestros hermanos ²⁴.

(22) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 61.

(23) Cfr. Concilio de Trento, sess. VII, can. 8 *de sacramentis in genere*, Denz. 851 (1608).

(24) De nuestro Padre.

Prenda de la vida eterna

En la Eucaristía encontramos, además, el remedio para nuestros errores, el bálsamo que suaviza todas nuestras heridas. *Pie pellicane, Iesu Domine, me immundum munda tuo sanguine. Cuius una stilla saluum facere totum mundum quit ab omni scelere*; Señor Jesús, pelicano bueno: límpiame, a mí, inmundo, con tu Sangre, de la que una sola gota puede librar de todos los crímenes al mundo entero. No hay penas, ni trabajos, ni contrariedades que no seamos capaces de superar si acudimos a las Llagas de Cristo, si nos acercamos a Jesús Sacramentado y le abrimos el corazón de par en par contándole nuestras penas. Su Sangre nos purifica, nos limpia, y enciende en un amor nuevo. ¿Quién no ha experimentado ante el Sagrario una paz profunda, que llena el alma de alegría, de serenidad, de agradecimiento?!

Cuando nosotros nos damos a Dios de veras, cuando nos dedicamos al Señor, a veces El permite que vengan el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y hace quizá que nos llamen locos y nos tengan por necios.

Entonces, al admirar la Humanidad Santísima de Jesús, vamos descubriendo una a una sus Llagas; y en esos momentos de purgación pasiva, dolorosos, fuertes, de lágrimas ¡dulces y amargas! que procuramos esconder, nos sentimos inclinados a meternos dentro de cada una de aquellas Llagas, para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos. Vamos allí como las palomas que, al decir de la Escritura (cfr. Cant. II, 14), se esconden en los agujeros de las rocas a la hora de la tempestad.

Cuando la carne quiere recobrar sus fueros perdidos o la soberbia, que es peor, se encabrita, ¡a las Llagas de Cristo! Ve como más te conmueva, hijo, como más te conmueva; mete en las Llagas del Señor todo ese amor humano... y ese amor divino. Que esto es buscar la unión, sentirse hermano de Cristo, consanguíneo suyo, hijo de la misma Madre, porque es Ella la que nos ha llevado hasta Jesús ²⁵.

(25) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967, en *Crónica*, 1972, pp. 727-728.

Esa unión personal con Cristo en la Eucaristía, que procuramos fomentar con visitas frecuentes al Sagrario y recibéndole sacramentalmente cada día, dispone nuestra alma y nuestro cuerpo para la unión íntima y definitiva del Cielo, de la que es prenda y anticipo la comunión eucarística. *Los Hechos de los Apóstoles describen, en pocas palabras, el ambiente de la primera comunidad cristiana: perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración (Act. II, 42). Con la Fe, el Pan y la Palabra, perseveraremos, nos llamaremos victoriosos, y tendremos todo el amor que nos aguarda en el cielo, después de haber sido felices en la tierra y de abrir caminos de paz en medio del mundo a tantas almas de todas las naciones* ²⁶.

Al término del *Adoro te devote*, expresamos al Señor este deseo, cuando le decimos: *Iesu, quem velatum nunc aspicio, oro, fiat illud quod tam sitio: ut te revelata cernens facie, visu sim beatus tuae gloriae*; Jesús, a quien ahora veo oculto, te ruego que se cumpla lo que tanto ansío: que al mirar tu rostro cara a cara, sea yo feliz viendo tu gloria.

(26) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 61.